

dixit

KWAME ANTHONY APPIAH

Mi cosmopolitismo

+ “Las culturas sólo importan
si les importan a las personas”
(entrevista de Daniel Gamper
Sachse)



Primera edición, 2008

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF - Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

© Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona
Montalegre, 5
08001 Barcelona
www.cccb.org

© Kwame Anthony Appiah, 2008
© Traducción: Lilia Mosconi
© Entrevista: Daniel Gamper Sachse

ISBN Argentina: 978-987-1283-79-8
ISBN España: 978-84-96859-37-1

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: B-35.721-2008

Índice

- 9 Mi cosmopolitismo
- 43 “Las culturas sólo importan si les importan a las personas” (entrevista de Daniel Gamper Sachse)

Mi cosmopolitismo*

Mi madre nació en el oeste de Inglaterra, al pie de las colinas Costwold, en el seno de una familia que podía trazar su árbol genealógico en un radio de ochenta kilómetros remontándose hasta principios del período normando, casi un milenio atrás. Mi padre nació en la capital de la región ashanti de Ghana, en una ciudad donde sus ancestros ya se habían establecido antes de los inicios del reino Asante, a principios del siglo XVIII. De modo que cuando estas dos personas nacidas en lugares tan distantes se casaron en la década de 1950, en Inglaterra, muchas personas les advirtieron que un matrimonio mixto sería difícil de sobrellevar. Y mis

* Esta conferencia tuvo lugar en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (CCCC) el 26 de mayo de 2008.

padres pensaban lo mismo. La cuestión es que mi padre era metodista y mi madre era anglicana. Y *eso* sí era un desafío. Después de todo, como gustan de señalar los anglicanos, John Wesley —el padre fundador del metodismo— hablaba de “nuestro orgullo de no formar, ni ahora ni en el futuro, una secta aparte, sino por principio permanecer lo que hemos sido siempre: auténticos miembros de la Iglesia de Inglaterra”. Wesley también dijo, aun con mayor deliberación: “Si los metodistas abandonan la Iglesia de Inglaterra, me temo que Dios abandonará a los metodistas”.

De un modo u otro, entonces, soy fruto de un matrimonio mixto. Bautizado metodista y educado en escuelas anglicanas, asistí a la escuela dominical de la iglesia no confesional a la que concurría mi madre. Mi madre fue feligresa e integrante del consejo de St. George durante más de cincuenta años: St. George era su iglesia. Sin embargo, su funeral se celebró en la catedral metodista —cuyo consejo habían integrado mi padre y mi abuelo—, con el ministro de St. George entre los clérigos oficiantes. Así lo había elegido mi madre. Y si alguien le hubiera preguntado cuál había sido su confesión a lo largo de todos esos años, ella habría respondido que pertenecía

a la Iglesia de Cristo y que el resto no era más que una sarta de detalles indiferentes. Por mucho que se hablara del desafío que representaba un casamiento mixto, las cosas parecían ser bastante distintas, al menos en Ghana.

Soy hijo de mi madre y también de St. George. Con mi madre y en St. George me inicié en el cristianismo. Pero también aprendí otra cosa de mis padres, algo que ambos ilustraron cuando decidieron convertirse en marido y mujer: la apertura hacia gente y culturas que se hallaban más allá del ámbito en el que ellos se habían criado. Creo que mi madre aprendió esta actitud de sus padres, que tenían amigos en varios continentes en una época en que muchos ingleses eran extremadamente provincianos. Mi padre la aprendió de su vida en Kumasi, ciudad que, como muchas otras viejas capitales, es políglota y multicultural: un lugar abierto al mundo. Pero también la aprendió de su educación, porque, al igual que muchos de quienes tuvieron acceso a la rara oportunidad de recibir educación secundaria en los confines del imperio británico, mi padre se formó en el estudio de los clásicos. Amaba el latín. (Le habría encantado saber que dos de sus nietos han estudiado a los clásicos en Cambridge, y otro en Oxford.)

Junto a su cabecera, además de la Biblia, estaban las obras de Cicerón y de Marco Aurelio, ambos seguidores del tipo de estoicismo que ocupaba un lugar central en la vida intelectual y moral de la élite romana del siglo I, cuando el cristianismo comenzaba a propagarse por el mundo helénico y el imperio de Oriente. En el testamento espiritual que dejó a sus hijos, mi padre nos instó a recordar siempre que éramos “ciudadanos del mundo”: utilizó exactamente estas palabras, que Marco Aurelio habría reconocido y con las cuales habría estado de acuerdo. Después de todo, Marco Aurelio escribió:

Qué cercano es el parentesco entre un hombre y toda la raza humana, ya que no se trata de una comunidad determinada por un poco de sangre o de simiente, sino por el espíritu.

Hoy quiero hablar de uno de los ideales filosóficos estoicos, una expresión de esa apertura hacia los demás que aprendí de mi familia, un ideal que puede ayudar a guiar a la comunidad global en los años por venir, dado que resulta particularmente útil cuando nos enfrentamos a conflictos basados en identidades religiosas, étnicas, raciales y nacionales, tan característicos de

nuestro mundo. Por otra parte, su propio nombre llega a nosotros desde el Occidente clásico. En efecto, el origen etimológico del término es griego, aunque el hombre que lo acuñó provenía, al igual que tantas de las tradiciones occidentales, del Asia Menor. Si bien seguiré la huella de sus raíces occidentales, podemos estar seguros de que este ideal, o algo que se le asemeja mucho, se inventó de manera independiente en otros continentes y en otras épocas, punto al que me propongo retornar al final de esta exposición.

El ideal al que me refiero, claro está, es el cosmopolitismo, y la primera figura de quien sabemos que dijo ser un ciudadano del mundo –*kosmou polites* en griego, que es de donde proviene nuestra palabra “cosmopolita”– fue un hombre llamado Diógenes. Diógenes era filósofo, y fundó el movimiento filosófico que más tarde se llamaría “cinismo”. Nació en algún momento de fines del siglo v a.C. en Sínope, sobre la costa meridional del Mar Negro, en territorio de la actual Turquía. Los cínicos rechazaban la tradición y las lealtades locales, y en general se oponían a lo que el resto de la gente consideraba conducta “civilizada”. Cuenta la tradición que Diógenes vivía desnudo en un

gran barril de arcilla, y hacía lo que mi niñera inglesa habría llamado “sus necesidades” en público. También hacía en público lo que Hugh Hefner habría llamado *sus* necesidades. En pocas palabras, era una especie de artista de *performance* del siglo IV a.C. Y es de presumir que lo llamaban “cínico” —*kynikos* es la forma adjetiva de “perro” en griego— porque vivía como un perro: los cínicos no son sino los filósofos perrunos. ¡No es extraño, entonces, que a Diógenes lo echaran de Sínope sin ningún miramiento!

Para bien o para mal, no obstante, Diógenes también es la primera persona de quien se sabe, como ya he señalado, que dijo ser un “ciudadano del mundo”. Claro está que se trata de una metáfora, porque los ciudadanos forman parte de un Estado, y no había un Estado mundial —*kosmopolis*— al que Diógenes pudiera pertenecer. Así, al igual que quienquiera que adopte esta metáfora, Diógenes debió aclarar qué quería decir con ella.

Una cosa que Diógenes *no* quería decir con su metáfora es que fuera partidario de un gobierno mundial único. En una oportunidad conoció a alguien que sí lo era: Alejandro de Macedonia —Alejandro Magno—, quien, como bien se sabe,

bregaba por un gobierno mundial ejercido por Alejandro de Macedonia. Cuenta la leyenda que Alejandro se encontró con Diógenes un día soleado. En esa ocasión, el filósofo no estaba en su barril de arcilla sino en un agujero del suelo. El macedonio conquistador del mundo, quien por haber sido discípulo de Aristóteles había aprendido a respetar a los filósofos, le preguntó si había algo que pudiera hacer por él. “Claro –respondió Diógenes–, puedes apartarte del sol.” Es obvio que Diógenes no era admirador de Alejandro, ni apoyaba –podemos suponer– su proyecto de dominar el mundo. (Esto debió molestar a Alejandro, de quien se cree que dijo: “Si no hubiera sido Alejandro, me habría gustado ser Diógenes”.)

Y he aquí la primera noción que me propongo tomar de Diógenes a la hora de interpretar la metáfora de la ciudadanía global: que no haya un gobierno mundial, ni siquiera ejercido por un discípulo de Aristóteles. Lo que Diógenes quería decir es que podemos considerarnos conciudadanos, incluso si no somos –y no queremos ser– miembros de una comunidad mundial única, sometidos a un gobierno único.

También podemos tomar de Diógenes la idea según la cual debemos preocuparnos por la

suerte que corren todos nuestros congéneres, y no sólo los integrantes de nuestra comunidad política. Así como debería importarnos la suerte que corren todos los conciudadanos de nuestra comunidad, también debería importarnos la suerte de nuestros conciudadanos del mundo, nuestros congéneres. Más aun –y ésta es una tercera noción de Diógenes– podemos adoptar ideas provenientes de todo el mundo, y no sólo las de nuestra sociedad. Vale la pena escuchar a los demás, porque posiblemente tengan algo que enseñarnos; vale la pena que los demás nos escuchen, porque posiblemente tengan algo que aprender. Sospecho que no hemos encontrado escritos de Diógenes porque, al igual que Sócrates, este filósofo creía que la conversación –que avanza en ambas direcciones y nos permite aprender además de enseñar– era una manera mejor de comunicarse que la escritura de mensajes cuyos lectores no pudieran responder. Y he aquí la última idea que me propongo tomar de Diógenes: el valor del diálogo, de la conversación, como medio fundamental de comunicación entre los seres humanos. Es así que yo, un ciudadano estadounidense del siglo XXI, de ancestros angloghaneses, quiero tomar estas tres ideas de un ciudadano de Sínope que soñaba

con la ciudadanía global hace veinticuatro siglos: 1) que no necesitamos un gobierno mundial único, pero 2) debemos preocuparnos por la suerte de todos los seres humanos, tanto los de nuestra sociedad como los de las otras, y 3) que tenemos mucho que ganar de las conversaciones que atraviesan las diferencias.

El cosmopolitismo de Diógenes entró en la historia intelectual de Occidente a través de los estoicos (Zenón de Citio, Chipre, a quien se ha considerado tradicionalmente el primer estoico, parece haber recibido influencias de Diógenes). Y encontramos el cosmopolitismo tal como lo entendía Diógenes, con su apertura hacia los extranjeros y su rechazo de un gobierno mundial, en los estoicos más célebres: Cicerón, en la república romana del siglo I a.C., por ejemplo, y Marco Aurelio, el emperador romano de la segunda centuria que cité antes. Y nadie creyó tanto en un gobierno mundial como estos dos gobernantes romanos del mundo. Pero Marco Aurelio hablaba del cosmopolitismo para hacer hincapié en la afinidad espiritual de todos los seres humanos, y no para argumentar en favor de un imperio global. A través de personajes como Cicerón, Epicteto y Marco Aurelio, el estoicismo ingresó en la vida intelectual

del cristianismo... a pesar de que Marco Aurelio se abocó enérgicamente a ejecutar cristianos por considerarlos una amenaza para la república romana.

Los ecos de esos estoicos resuenan en el lenguaje del grecoparlante Saúl de Tarso (otra población del Asia Menor, situada en la actual Turquía meridional). Saúl era un romano helenizado que pasó a la historia como san Pablo, el primer gran arquitecto institucional de la Iglesia cristiana. En su carta a los gálatas escribió estas célebres palabras:

ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre; varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús (*El libro del pueblo de Dios*, Carta a los Gálatas 3:28).

Pablo llevó a cabo gran parte de su labor evangelizadora en el Asia Menor, su lugar de nacimiento. Y uno de los datos históricos que más me fascinan es el hecho de que Sínope, la ciudad natal de Diógenes, estuviera en Galacia. Entonces, cuando escribía estas palabras tan cosmopolitas, san Pablo le hablaba al pueblo de Diógenes, al propio pueblo que dio al mundo el primer cosmopolita conocido por nosotros.

Cuando la idea del cosmopolitismo fue retomada por la Ilustración europea, su esencia era la misma: interés global por la humanidad sin el deseo de que existiera un gobierno mundial. Entonces, el cosmopolitismo moderno creció con el nacionalismo, no como alternativa sino como complemento.

Y en el centro no estaba sólo la idea de universalidad –interés y preocupación por toda la humanidad, es decir, por todos los conciudadanos–, sino también el valor que comportan las diferentes formas humanas de seguir adelante. Es por ello que esta idea no se condice con un gobierno mundial. Porque las diversas comunidades tienen derecho a vivir de acuerdo con sus propias normas. Porque los seres humanos pueden prosperar en muchas formas diferentes de sociedad. Porque hay numerosísimos valores según los cuales vale la pena vivir, y nadie, ni ninguna sociedad individual, está en condiciones de explorarlos a todos. Encontramos el cosmopolitismo en Herder, el gran filósofo del romanticismo y el nacionalismo alemanes. Herder creía que los pueblos de habla alemana tenían derecho a vivir juntos en una sola comunidad política, pero también consideraba que lo que era bueno para los alemanes era bueno